

dom-
bardeo
de
Génova.
1684.
17 de
mayo.

republica á la Francia. Hasta le intimó desar-
mar cuatro galeras de libertad que acababan de
equiparse; y su embajador Saint-Olon susci-
taba á cada momento cuestiones de las que el
lobo juzga suficientes para devorar al cordero.
Extendióse además la voz de que Génova vendía
municiones á los Argelinos; pero el hecho era
que Luis se dejaba llevar por sus ministros, y
que el de la marina deseaba la guerra, apénas
muerto Colbert, que se oponía á ella. En con-
secuencia, Luis XIV, mientras adormecía á los
Genoveses con negociaciones, envió una escua-
dra, á las órdenes de Seignelay, ministro de ma-
rina, la cual formándose delante de la ciudad,
sumida en la incertidumbre, le dirigió una
mezcla de acusaciones, exigencias y amenazas.
La república rechazó las humillaciones que se
le querían imponer, y se armó como pudo para
resistir el ataque; pero vióse de repente inun-
dada por trece mil bombas; brutal abuso de
la fuerza, al que ni siquiera precedió un aviso á
los comerciantes franceses para que se retira-
sen, de modo que se encontraron expuestos á
las balas de sus compatriotas y al furor de la
irritada muchedumbre. La ciudad destrozada,
incendiada, perjudicada en 100.000.000, y ham-
brienta, no halló mas medio de salvacion que
someterse á todo. Luis exigió que los Genoveses
rompiesen todas sus relaciones con España, que
desarmasen las galeras sospechosas, y que el
dux, á quien el estatuto prohibía salir de la
ciudad, se dirigiese á Versalles, acompañado
de cuatro senadores, á implorar la real clemen-
cia. Francisco Maria Imperiale emprendió en
efecto aquel viaje, y se le recibió con humillante
pompa: habiéndole preguntado el rey, qué le
había parecido mas extraordinario en su pala-
cio, contestó: *Hallarme yo en él*. Como le tra-
tasen con altivez los ministros, dijo: *El rey
nos arranca del corazon la libertad; pero sus
ministros nos la devuelven* (1).

Hemos visto que Luis usó al poco tiempo
con Roma de igual arrogancia. Muchos males
irrogó, pues, á Italia aquella generacion de
Franceses, que deseosos de poseerla, solo sabian
inquietarla (2).

Es sabido que en la provincia de Pincrolo,
los valles de Luserna, Pesona y San Martin
estaban habitados por valdenses (3). Pacíficos
é ignorantes, vivian de los productos de su
industria, hasta que los reformados suizos los
sometieron. Entónces el gobierno piemontes
tuvo que vigilarlos, mostrándose mas ó ménos
tolerante con ellos; pero habiendo Madama
Real introducido el culto católico en algunas
localidades, los barbeti (como se les llamaba
por el nombre de *barba* que dan á sus minis-
tros en señal de respeto) se rebelaron abierta-

(1) Véase la nota O.

(2) De ellos dice el Milanes Ripamonte: «*Insitam animis
cupiditatem Italiae potiunde. Non esse credendam ingeniis
promissisque Gallorum, gentis inquietæ semper et volentis
inquietare alios.*» Libro VI.

(3) Véase ántes pág. 276.

Guerra
de
Suce-
sion.

1696. valdenses, que formándose en regimientos con
esta divisa: *La paciencia se convierte en furor
si se la cansa*, causaron graves perjuicios al
Delfinado. Sin embargo, cuando se restableció
la paz entre Victor Amadeo y Luis XIV, aquel
renovó su antigua intolerancia, prohibió toda
comunicacion entre los valdenses y los de Fran-
cia, é intimó á estos últimos evacuar el terri-
torio; de consiguiente, en número de dos mil
y quinientos se difundieron por los cantones
suizos.

Razon tenian, pues, los Italianos para odiar
á los Franceses; pero tampoco podian estar
contentos con el emperador. Poco á poco iba
conociéndose que no habia abandonado sus
antiguas pretensiones acerca de Italia, y que
estaba dispuesto á hacerlas valer en el momento
en que dejasen de tenerle á raya los Franceses.
Habiéndose declarado ofendido por el dux de
Génova un oficial imperial, Viena pidió una re-
paracion, y tardando en recibirla, envió gente
armada, y la república tuvo que pagar 300.000
escudos para los gastos y dar además las satis-
facciones necesarias. Tambien un tal Martiniz,
embajador austriaco cerca del papa, renovó las
insolencias del de Luis XIV, por motivos aun
mas frivolos, como la precedencia en las pro-
cesiones y las ceremonias de etiqueta; y fué
tan obstinado que, para vengarse, indujo al
emperador á restablecer las antiguas preemi-
nencias feudales, obligando á los poseedores
de feudos á justificar la posesion bajo pena de
caducidad: medio el mas á propósito para tur-
bar toda la Italia, y especialmente el Piemonte,
que para librarse de él se hubiera echado en
brazos de la Francia. España desaprobaba este
modo de turbar en sus propiedades á los no-
bles de Milan, Sicilia y Cerdeña, é Inocencio XII
se declaró defensor de la independencia italiana,
y con sus enérgicas representaciones consiguió
que el César revocase el edicto.

Inocencio, que recelaba mucho del imperio,
habia trabajado para conseguir que los princi-
pes de Italia se coligasen con el fin de evitar las
guerras y las usurpaciones; pero Clemente XI,
su sucesor, conoció cuán difícil de arreglar
era esta union, y su ineficacia para aquel objeto,
decidiéndose mas bien á ser mediador entre
Austria y Francia, persuadiéndolas á que diri-
giesen sus iras contra los Turcos para arrojarlos
de Europa. Pero eran estos consejos muy poco
importantes cuando se armaban aquellas poten-
cias para disputarse la sucesion de España. Ita-
lia, que no tenia interes alguno en esta cues-
tion, fué arrastrada á una guerra que la perdió,
y abatió y elevó alternativamente á todos sus
principes, recibiendo al fin una nueva organi-
zacion, y quedando siempre al arbitrio de los
mas fuertes.

Luis XIV y el emperador Leopoldo hicieron
grandes esfuerzos para conseguir de Clemente XI
que les confriese la investidura del reino de
Sicilia; pero aunque le ofrecieron dos provin-
cias del Abruzzo, el papa la negó á ambos, dis-

puesto á permanecer neutral, como conviene al
padre de la Cristiandad, y se dirigió hácia los
Italianos para hacer ménos triste una guerra
inevitable. Venecia protestó que permanecería
neutral; Fernando, duque de Mantua, hombre
jovial y entregado á las mujeres, mientras que
se manifestaba dispuesto á derramar la sangre
por la causa italiana, trataba con los Franceses
y dejaba que ocupasen su ciudad, donde aque-
llos pudieron dictar leyes á los duques de Mó-
dena y de Parma. Pero la fuerza principal resi-
dia en el duque Victor Amadeo. Habia heredado
este de sus padres una buena reputacion guer-
rera y política, lo que era un atractivo para
realizar grandes cosas, á las cuales le impulsaba
tambien la grandeza de su ánimo. Francia le
tenia sujeto por medio de Casale y Pinerolo, por
lo cual en un tratado celebrado en los carna-
vales de Venecia, se habia unido á la gran liga
que se formó contra Luis XIV. Habiendo sido
nombrado generalísimo de los ejércitos imperi-
ales en Italia, se habia colocado al lado de los
mayores generales en la jornada de Staffarda;
pero despues sucumbió ante Catinat, de modo
que perdió el Estado. Entónces los Franceses
hicieron al Piemonte una guerra bárbara. Cati-
nat mas humano decia: *¿Qué harémos? Tén-
gase compasion de los desgraciadissimos pue-
blos*; pero Louvois le respondió: *¿Qué haréis?
Quemar y despues quemar*. Y así lo hicieron;
y las ciudades tomadas y vueltas á tomar, las
conspiraciones ensayadas, la rabia francesa, la
no ménos perjudicial amistad española, y el
valor de Catinat y del principe Eugenio hicieron
miserabilísimo aquel tiempo que otros encon-
trarán glorioso por sus empresas militares. El
duque de Saboya, el marques de Leganes, el
principe Eugenio, y lord Galway sitiaron á Ca-
sale, que era el centro de operaciones, y des-
pues de tomarla la desmantelaron y la restituy-
eron al duque de Mantua.

Pero Victor habia encontrado mas conveniente
la política fluctuante, y desertó de los aliados de-
clarándose contra Luis XIV, con lo cual inclinó
desde luego la balanza; recobró á Pinerol y Ca-
sale, y hecho así independiente, pudo lanzarse
á mayores tentativas, para lo cual le presentó
buena ocasion esta guerra de Sucesion. Entón-
ces, alegando que era biznieto de Catalina, hija
de Felipe II de España, se colocó entre los as-
pirantes al trono de esta nacion, y en una di-
vision que se propuso, se trató de darle todo el
Milanesado, con tal que cediese la Saboya, el
valle de Barceloneta y el condado de Niza. No
habiéndose verificado este convenio, principia-
ron las hostilidades en que Victor no se decidió
por Francia ni por el imperio, sino que solo
trató de salir adelante en medio de la tempe-
stad para llegar al puerto deseado. Aunque de-
bia tener algun recelo por hallarse situado en
medio de los Franceses, si conquistaban el Mi-
lanesado, sin embargo, conociendo que el hacer
otra cosa le expondría á continuos ataques, re-
conoció á Felipe V y le dió por esposa una hija.

1690.
18 de
agosto.

1693.
4 de
octu-
bre.

1694.

1697.
30 de
mayo.

1701.

Milan había prestado obediencia á Felipe; también en Nápoles fué aclamado; pero algunos republicanos creyeron que era el momento oportuno para recobrar la independencia; los barones, incitados por Leopoldo, conspiraron en favor de éste, pero no siendo secundados por el pueblo, sucumbieron. Leopoldo solo pudo esperar ya en las armas, y fortaleciéndose con varios aliados, envió un ejército con el famoso príncipe Eugenio al cual se opusieron Catinat y Vaudemont.

Eugenio, despues del admirable paso del Monte Pergola, descendió al Adigio, favorecido ocultamente por Venecia y por el fluctuante Victor; en Chiari derrotó completamente al presuntuoso Villeroy, que había sucedido al prudente Catinat; en Cremona lo sorprendió, pero por la noche fué rechazado de nuevo por los Franceses.

Entónces pasó á Italia desde Francia el duque de Vendôme, hombre obstinado, soberbio y perezoso, pero afortunado; y los Franceses prosperaron, hasta que Víctor, por razones añejas y pretextos nuevos, se separó de Francia, y celebró el tratado de Turin con el emperador, que prometía tener siempre en el Piamonte catorce mil infantes y seis mil caballos, dando al duque el mando general del ejército en toda la Lombardia con 80,000 escudos al mes, además de cederle el ducado de Monferrato, separando del Milanesado Alejandria, Valenza, la Lomellina, y la Valsesia, y un camino para que se comunicasen estas dos provincias; prometiéndole nuevas recompensas por las futuras conquistas, y principalmente el Vigevanasco.

Peró Victor, atacado repentinamente por los Franceses, perdió la Saboya, el Nizzardo y parte del Piamonte, no quedándole mas que Cuneo y Turin; por lo cual envió su familia á Génova. Vendôme, lleno de gloria por las victorias de Cassano y de Calcinato, fué llamado á Francia para oponerse á Marlborough, siendo reemplazado por el duque de Orleans, que puso sitio á Turin. El valor de los Piamonteses (1), la fidelidad que era lo que inspiraba el valor, y la victoria que le coronó, harán memorable para siempre aquel sitio, que el Piamonte celebra anualmente con una fiesta á Nuestra Señora de Superga, cuya capilla fué erigida en cumplimiento de un voto de Victor (2). Este fué recibido triunfalmente

(1) Encarecieron especialmente á Pedro Mica de Andorno, que por medio de una sorpresa de noche (25 agosto) salvó á Turin pegando fuego á una mina bajo la cual dejó sepultados consigo á los asaltadores. El conde José Solaro della Margherita, encargado por el duque de Saboya de defender la capital, se comportó de un modo egregio, y despues de haber obrado así, hizo una relacion de los hechos en el *Journal historique* sin señalarse á sí.

(2) « Habíanse llevado ciento cuarenta cañones; debiendo advertir que cada pieza gruesa montada cuesta 2,000 escudos; tenían ciento ochenta balas; ciento seis mil cartuchos de ura clase y trescientos mil de otra; veintimil bombas; veintisiete mil setecientas granadas; quince mil sacos de tierra; treinta mil instrumentos para trabajar; un millon doscientas mil libras de pólvora; además de plomo, hierro, hoja de lata, cuerdas y todo lo que usan los minadores, como azufre, nitro y útiles de todas clases. Ciertamente el coste de estos prepa-

en la redimida ciudad, recobró sus tierras y tomó posesion del Monferrato y de la parte de Milan que le habían cedido, y pidió el Novares y el Vigevanasco, que le habían sido prometidos secretamente.

La Francia perdió entónces toda esperanza de poseer la Lombardia, que fué cedida por el emperador José I á su hermano Carlos. El ducado de Mantua fué también agregado al imperio, proscribiéndose al duque, acusado de felonía, y que recibiendo una pension de Francia de 400,000 francos, dividió sus vicios entre Padua y Verona; con él concluyó una rama de la casa de Gonzaga (1). También el príncipe de Castiglione y Francisco Mario Pico, duque de la Mirandola, perdieron sus países, que fueron ocupados por el emperador, y se retiraron á vivir como nobles particulares á Venecia. Reinaldo de Módena, que se había unido al imperio, fué desposeído por los Franceses; pero el emperador le volvió el poder, vendiéndole además la Mirandola. El papa Clemente XI había tenido que sufrir los insultos y los daños que hicieron á su Estado los Alemanes; exclamó á los imperiales por la invasion de Parma y Plasencia, pero no pudo impedir que pasasen cerca de Roma, para ir á conquistar el reino de Nápoles. Dirigidos estos por el general Daun, defensor de Turin, mientras que dormían España y Francia, entraron á la deshilada en Nápoles, prometiéndole conservar los antiguos privilegios. No pudieron tocar á la Sicilia; pero para vengarse del papa, el emperador ocupó á Comacchio, é invadió el patrimonio de San Pedro, hasta que Clemente convino en celebrar un pacto bastante favorable.

La Cerdeña estuvo sometida á Felipe V hasta que la ocuparon los Austriacos, ayudados por la escuadra inglesa. Esta codicia del Austria echó por tierra los proyectos de sus confederados, pues aprovechando el espanto que causó la derrota piamontesa, hubieran podido hacer una guerra terrible á la Francia, que estaba desprevenida; pero con aquella distraccion de fuerzas solo consiguieron hacerse impotentes. Además el engrandecimiento del emperador les inspiraba recelos, y el nuevo ministerio inglés daba otra direccion á la política, de manera que tuvieron que pensar en la paz.

La reina Ana, que estimaba mucho á Victor por su valor, hizo poner entre las primeras condiciones de la paz de Utrecht que se le cediese la Sicilia con el título de rey que deseaba ar-

rativos bastaría para fundar y engrandecer la colonia mas numerosa. El sitio de una gran ciudad exige gastos inmensos, y cuando es necesario reparar una aldea próxima, se descuida. » VOLTAIRE. *Siècle de Louis XIV.*

(1) La otra rama, que dominaba en Guastalla, hubiera debido suceder á esta; pero solo obtuvo los principados de Sabionetta y Bozzolo, y se extinguió en 1746.

La familia de Castiglione y Solferino era también una rama de los Gonzaga: Fernando fué destituido por los imperiales en 1692; y despues de largas disputas Luis Gonzaga aceptó de Austria una compensacion de 300,000 florines.

La casa de Novellara, descendiente de Feltrino, hijo menor de Luis, que fué señor de Mantua en 1328 se extinguió en 1738.

dientemente Victor; además le fueron restituidos el condado de Niza, el valle de Pragela y otros, quitándole el de Barceloneta; de modo que separaba sus Estados de la Francia la cresta del Monginebra. El emperador conservó todo lo que poseía en Italia, es decir, el reino de Nápoles, el ducado de Milan, la Cerdeña y los puertos y presidios en las playas de Toscana. La España, que había estado amenazando por espacio de dos siglos conquistar toda la Italia, no consiguió ni un palmo de terreno.

La Sicilia celebró con fiestas la coronacion de Victor Amadeo, pero cuando le vió volverse á su Piamonte, le odió como á un extranjero; además de que desagradaba cada vez mas á la viveza meridional su reserva piamontesa. Victor despues se enemistó con el papa á causa del tribunal de la monarquía; por cuya razon se hizo desgraciado su país con excomuniones, penas y destierros, hasta que cambió su isla por la Cerdeña.

Venecia había desplegado también un valor espléndido en la guerra de Candia (1645-69), en que se enriquecieron los nobles mientras se empobrecía el Estado, y se agotaba el fondo de reserva, llamado el *arca grande*. Para conseguir el dinero necesario, la república sacó en almoneda el cargo de procurador de San Marcos al precio de 25,000 ducados; aumentándolo desde 3 á 6 y despues á 41, habiendo quien lo pagase á 100,000 ducados: también se hicieron nobles por dinero, entre ellos algunos forasteros; y con añadir sesenta y siete familias al libro de Oro adquirió el Erario 8,000,000 de ducados. El papa dejó que la república retuviese los bienes de los abolidos crucigeros y jesuatos, condescendencia recompensada con admitir á los Jesuitas: se abolieron los préstamos que pasaban del siete por ciento, y despues se redujeron los intereses. Venecia desplegó aun gran vigor en los consejos y valor en las armas en la nueva guerra con Turquía, que concluyó con la paz de Carlowitz, en la cual se determinaron sus relaciones con la Puerta mientras subsistiese. En la guerra de Sucesion quiso permanecer neutral; pero no estando bastante abastecida de soldados, se vió tan expuesta á los insultos de ambos partidos por tierra y por mar, que perdió la reputacion que había adquirido en la guerra de Candia.

CAPÍTULO XXXVI

Toscana.

Por fortuna suya poco tenemos que decir de la Toscana, la cual, ménos infeliz que los demas países, cubria con un póstumo esplendor su decadencia. Cosme I (1), despues de destruida la república, trató de fortalecer la autoridad con actos humanos unos y feroces otros: con-

(1) Véase mas arriba pág. 95 y siguientes.

tinuó traficando en grande, é interesándose en las empresas de los principales negociantes extranjeros: los Fugger de Augsburgo le suministraban el cobre de Hungría; de Levante llevaba granos, aceite y vino; abrió el puerto de Liorna; extraía metales, y tuvo ocupados á muchos operarios de Alemania en Pietra-Santa para explotar las minas de plata. De este modo se enriquecían él y su mujer, y á su muerte dejó seis millones y medio de ducados en caja; compró el palacio de Pitti para morada de sus sucesores; edificó el de los Oficios, y las tiendas de los Mercados nuevo y viejo; cuadruplicó los ingresos haciéndolos subir á 100,000 ducados, y pagó las deudas públicas. Contaba la provincia de Florencia setecientos mil habitantes y cien mil la de Sena, tenía treinta y seis mil hombres sobre las armas (1); doce galeras sujetaba á algun tanto á los Berberiscos, contra los cuales y con el fin de acallar con honores á los que pedían libertad, instituyó la orden de San Estéban, que mantenía cuatro galeras. Reformó las universidades de Florencia y Pisa; á la Academia platónica, fundada por Cosme, padre de la patria, sustituyó la Florentina, en la cual entraron Carnesecchi, Domenichi, Giambullari, Segni y Benedetto Varchi, llamado desde su destierro. Cinco miembros de esta Academia, Antonio Francisco Grazzini, Bernardo Canigiani, Juan Bautista Dati, Bernardo Zanchini, Sebastian de Rossi y Leonardo Salviati, fundaron en 1582 la Academia de la Crusca, que cuarenta años despues publicó el *Vocabulario*, primer modelo de esta clase de trabajos, y respetado aun, á pesar de las iras municipales y de la imprudente pedantería. Hizo robar en Roma el cuerpo de Miguel Ángel, para enterrarle en su patria; dió comisiones á Pontormo, Bandinelli Bronzino, Celini y á fray Juan; mandó pintar á Vasari todo el palacio ducal, y queriendo este retratarle en medio de sus ministros en el acto de tratar de la guerra de Sena, le dijo el duque: « ¿Y qué han de hacer los ministros? Pintad el silencio y otras virtudes semejantes, que hacen el efecto del consejo. » Llevó de Sicilia á Pisa los artistas que trabajaban en coral y en espejos, artes que se perfeccionaron bajo el dominio de su hijo, el cual introdujo la fabricacion de la porcelana, desconocida hasta entónces, y el nuevo y admirable arte de los mosaicos en piedras duras.

Peró la vida artificial que daba la proteccion á las artes, no impedia que estas pereciesen; y Cosme tuvo ya que hacer trabajar fuera de Toscana los adornos para su boda con Leonor de Toledo. El tráfico se paró; la justicia perdió la

(1) Segun la relacion del embajador veneciano Lorenzo Priuli en 1566, Cosme, además de las galeras, cuya mitad pagaba el rey católico á 6,000 ducados cada una, tenía un ejército de veintiseis mil nombres, llamado *banuo*, entre los cuales había ocho mil coraceros, bien disciplinados y sacados de todo el territorio, excepto de Florencia, estando solo excluidos los sacerdotes; cada uno estaba obligado á pagar su coselete y sus armas. Se valía de los ingenieros para mejorar los terrenos; y tenía además seiscientos caballos armados á la ligera.